

Las infraestructuras académicas del latinoamericanismo tras la pandemia

Latin Americanism's Academic Infrastructures after the Pandemic

Rodrigo del Río

Harvard University

ORCID 0000-0002-3715-9635

Date of reception: 09/05/2022. **Date of acceptance:** 30/11/2023.

Citation: Del Río, Rodrigo. "Las infraestructuras académicas del latinoamericanismo tras la pandemia". *Revista Letral*, n.º 33, 2024, pp. 1-16. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi33.26083>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

Este artículo intenta elucidar una primera imagen del impacto de la pandemia del COVID-19 en el campo de estudios latinoamericanos, al insertarlos en el marco de las infraestructuras académicas globales. Trezando experiencia, teoría y una revisión de los datos recogidos tras la crisis sanitaria, defiendo la tesis de que entender los estudios latinoamericanos como una infraestructura revela un proceso de transformación y desintegración más largo que la pandemia solo llegó a agudizar. Sobre el final, esbozo algunos horizontes sobre qué rutas podría tomar el campo para procesar la crisis y encontrar vías para sobrevivir el deterioro de sus instituciones.

Palabras clave: infraestructura; estudios latinoamericanos; pandemia; humanidades.

ABSTRACT

This article tries to elucidate a first image of the impact of the COVID-19 pandemic on Latin American studies by inserting them into the framework of global academic infrastructures. Weaving experience, theory, and a review of the data collected after the health crisis, I defend the thesis that understanding Latin American studies as an infrastructure reveals a more protracted process of transformation and disintegration that the pandemic only exacerbated. In the end, I outline some horizons on what routes the field could take to process the crisis and find ways to survive the deterioration of its institutions.

Keywords: infrastructure; Latin American Studies; pandemic; humanities.



Llegué a Montevideo el mes de febrero de 2020 con el fin de revisar el fondo de Juan Carlos Onetti en la Biblioteca Nacional de Uruguay. Quería analizar los vínculos del novelista uruguayo con el discurso del desarrollismo económico y político que predominó en América Latina a mitad del siglo XX. Mi hipótesis es que una serie de autores del Boom latinoamericano habían utilizado infraestructuras desarrollistas en ruinas como los escenarios de sus novelas para criticar la temporalidad que la idea de desarrollo imponía sobre la historia del continente. Al arruinarse los escenarios que mentadamente producían el desarrollo, capas soterradas de infraestructuras previas, modernismos fracasados, estructuras de poder colonial y profanados mitos colectivos volvían a aparecer. El desarrollismo latinoamericano, por tanto, debía recurrir a los estratos históricos que prometía superar para poder sostenerse.

La fuerza de los escenarios en ruina me llevó a la literatura del uruguayo. *Juntacadáveres* (1964), novela de Onetti, comienza con la llegada de los protagonistas a la estación de trenes de Santa María, el pueblo ficticio en el que el autor sitúa sus narraciones más importantes. Un cuaderno titulado “Prostíbulo”, ítem 12 de la colección Juan Carlos Onetti de la Biblioteca, contiene apuntes previos de la novela. El tiempo de la narración comienza unas horas antes de la llegada a Santa María. Los personajes hablan al interior de uno de los vagones del ferrocarril. Están en tránsito desde la capital argentina, pero, dice el cuaderno, “no parecían llegar de Buenos Aires sino de mucho más lejos, de años que nadie pudiera recordar con precisión” (JCO, 12-3). Onetti no incluye la escena interior del tren en la versión final de la novela. Degradado a un signo inmóvil, el ferrocarril padecía su propia invisibilidad, destino que sobreviene a toda infraestructura exitosa. Se podría decir que es, de hecho, la única marca de modernidad que realmente funciona en el mundo de Onetti, pues el tren lleva a los pasajeros a su destino, mientras que Santa María está plagada de ruinas industriales, utopías fracasadas y explotación humana sin plusvalía.

Cuando llegó marzo, las alarmas de la pandemia llegaron a Sudamérica. Uruguay fue el último país de la región en presentar infectados de COVID-19, por lo que soportó unas semanas la ilusión de normalidad. Al llegar los primeros casos, se dio aviso a la ciudad. El último gesto fue entregar un libro en la oficina de

Alcides Abella, director de la editorial la Banda Oriental, que Víctor Jiménez, director de la Fundación Juan Rulfo, me había encomendado como regalo. El movimiento de ese libro que me había acompañado desde México se tornaría un lujo imposible por un buen tiempo, con el cierre global de las vías de circulación física de objetos y personas. Desde entonces estaríamos mediados en la mayor parte de los casos por el espacio virtual. Nunca pude tomar el avión que me llevaría a los archivos de José María Arguedas en la biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Perú. No terminaba el mes, y como en la fantasía de Blaise Pascal, volvía a Chile para quedarme tranquilamente sentado en una habitación indefinidamente.

Mascarillas, prohibiciones y sistemas logísticos desmantelados volvieron al mundo una inesperada novela más de mi corpus de estudio. En ninguna parte era esto más cierto que en la universidad. Las infraestructuras que hacían posible la forma internacional de la academia habían colapsado. El reciente informe de la UNESCO sobre el impacto del COVID-19 en la educación superior muestra el desesperado panorama, camuflado bajo el discurso de la resiliencia, la adaptación y la reforma. Mayo 2020 vio al 67% de las universidades en el mundo cambiar a formatos de enseñanza en línea. El detrimento general de la salud mental en la población universitaria afectó de manera especial a los docentes, quienes debieron enfrentar mayores cargas de trabajo y una intensificación de las demandas estudiantiles y de la sociedad por asegurar la calidad de la educación entregada (Unesco 27). El encierro describía solo las condiciones subjetivas de condiciones materiales que ahora exhibían desnudas las contradicciones sobre las que sostenemos el trabajo crítico. Esta presión partía y se agudizaba en la total reconversión productiva de la industria académica, en particular, en la integración de paradigmas técnicos para trabajadores que, en su mayoría, nunca habían reflexionado seriamente sobre las oportunidades, pero aún menos sobre las limitaciones de una transformación digital de la educación.

La resiliencia digital, digámoslo así, se distribuyó desigualmente, de acuerdo a quienes habían invertido su capital económico en infraestructuras tecnológicas capaces de replicar los valores educativos de la presencia, en un primer momento, y de avanzar, ya una vez afianzadas, en modelos de creación,

difusión y síntesis de conocimiento impensables en el paradigma anterior. Le brecha digital, según la UNESCO en países del sur global, se amplificó, pues, aunque su repetición lo haga parecer obvio, las clases en línea requieren “a reliable internet connection, large broadband capacity, and access to suitable technological devices” (28). La existencia de estos sistemas seguros, en el mejor de los casos, o medianamente confiables, en los territorios donde debíamos conformarnos, abría una nueva geografía de la desigualdad cuya extensión se medía por el ancho de banda.

El movimiento de capitales comenzó a desplazarse a las áreas de prioridad, entre las que en ningún caso se contaba la educación. El aplazamiento y las deserciones de estudiantes internacionales impactó gravemente las rentas de las casas de estudio (UNESCO 13). La internalización institucional de la crisis financiera descorrió el velo que ocultaba a plena vista nuestras necesidades, pero también nuestras más escalofriantes fantasías. La implementación de programas de emergencia no definía a profesores ni educadores como trabajadores esenciales, hecho comprensible en una pandemia global donde “esencial” solo podía significar que es capaz de sostener la vida. Y, sin embargo, con la extensión de los cierres, nuestro trabajo comenzó a adquirir para las instituciones el talante de lo prescindible. Cortes presupuestarios a la investigación no vinculada al COVID-19 (UNESCO 40), aumento de los despidos en educación superior y reducción severa de las admisiones a programas de doctorado (41) aceleró la desintegración de la profesión del investigador.

Por supuesto, ningún área fue más afectada que las humanidades, y no porque la pandemia haya impuesto una carga especial a nuestras disciplinas, sino porque ya estábamos fuera del pacto. La postergación es antigua y repetitiva. Creo que vale la pena, sin embargo, volver a insistir para estar prevenidos, operar con las cartas que nos ha repartido la historia, revisar la forma material de nuestra precariedad y como Paul Valery en palabras de Borges, ser quien, “en un siglo que adora los caóticos ídolos de la sangre, de la tierra y de la pasión, prefirió siempre los lúcidos placeres del pensamiento y las secretas aventuras del orden” (107). Incluso si implica aceptar que en buena medida ese orden nos excluye de sus círculos. La preocupación por el aumento en nuestra profesión de lo que el New York Times llamó *Adjuntopía*, por la prevalencia enorme de puestos de adjunto en contraste con

puestos estables de *tenure track*, se acentúa si pensamos que el 56% de las personas que cuenta con un Ph.D. en Humanidades trabaja en educación postsecundaria. Si bien son necesarios, los puestos de adjunto tienen –en palabras del New York Times– “lower pay, less status and tenuous job security”. El resultado de este progresivo cambio en el estatuto laboral de los humanistas ha tenido como consecuencia que, al menos en Estados Unidos, tengamos las ganancias medias más bajas de todas las disciplinas académicas. Esto se suma a que el informe *State of the Humanities 2022* muestra la caída sustantiva de ofertas de trabajo en todas las disciplinas humanistas desde la Crisis Subprime, con una reducción general en un 36% entre el 2007 y el 2008. El nivel de estrés sobre el sistema laboral ha colaborado a que, como explica Emily Hamilton-Honey, la infraestructura académica en humanidades no está revuelta o confusa, sino que está en franca desaparición. La presión sobre profesores de planta y adjuntos hace cada vez más improbable actividades no remuneradas fundamentales en nuestra profesión que dependen, en buena medida, de la salud y buena voluntad de la comunidad académica, como es el caso de la revisión de pares para artículos académicos, la colaboración en los procesos de contratación y la fundamental tarea de escribir cartas de recomendación.

La detención de la pandemia transparentó el archivo de las infraestructuras que hacen posible generar el espacio virtual de la academia. El espacio académico internacional que define “how objects and content are organized and circulated” (Easterling 13) había sido capaz de producir hasta entonces formas, reglas y protocolos más allá de la jurisdicción estatal (Easterling 16), desde instancias de cooperación diplomática con autonomía relativa de la política exterior de los estados, hasta acciones de intervención directa en políticas públicas. La coordinación con organizaciones no gubernamentales de salud pública como Partners in Health, que provee servicios médicos a cambio de capacidad de investigación, o programas del tipo de Scholars at Risk de Harvard, que ofrece apoyo a intelectuales víctimas de persecución política son ejemplos de una estrategia de poder transnacional que se inserta fáctica y normativamente en los intersticios de múltiples instituciones gubernamentales y plantean sus propias presiones y desafíos a la soberanía de los estados nacionales.

El movimiento de recursos, ideas y, por sobre todo, personas en el espacio global pone a la logística en el centro de las funciones de la infraestructura académica. Una mirada materialista a nuestra profesión tendría que insistir en que la academia, más que una simple circulación de información, es un caso específico de la constitución general del espacio logístico global dependiente de una serie interconectada de cadenas de suministro. Como explica Deborah Cowen, aunque hoy vinculemos la logística a una dimensión comercial, surgió como una preocupación central de la guerra moderna, es decir, “this entailed feeding men as well as machines” (Cowen 3). Las cadenas de suministro no están destinadas solo a mover mercancías, sino que su racionalidad está dirigida a la capacidad de sostener la vida. Por eso, no es extraño el vigoroso interés en financiar la seguridad de las cadenas de suministro, pero también el potencial político de su interrupción. La creciente protección de espacios categorizados como “infraestructura crítica” (Cowen 12), o la calificación de ciertas áreas de la organización del trabajo como “sistemas vitales” (14) expresan la necesidad transnacional de salvaguardar la circulación de objetos y personas. Los bloqueos de carretera que realizan grupos como los 48 Cantones en Guatemala o sectores del movimiento mapuche en Chile muestran otra cara de la misma moneda, evidenciando el peso de la logística en la facultad de cualquier área productiva o industria de interactuar eficazmente con el mundo.

Lauren Berlant ha teorizado el fallo en la infraestructura o *glitch* justamente como un momento crítico en el que aparece la materialidad común en la que habitamos, “we can see the glitch of the present as a revelation of what had been the lived ordinary, the common infrastructure” (403). Lo interesante de la falla es que permite la experiencia de una totalidad soterrada sin ponerla en riesgo. Aparece como un error, pero es más más precisamente una ventana o una abertura a un sistema complejo, porque, en palabras de Berlant, “a disruption in rules and norms is not the same thing as the absence or defeat of structure as such” (394). Intuímos mediante la falla el sistema infraestructural que sostiene, posibilita o impide ciertas formas de vida. El efecto de una falla infraestructural, esta imagen fugaz y relampagueante de una materialidad que nos sostiene, puede volverse, por cierto, muy difícil de procesar. Mientras más intensa sea la imagen, más

verdadera se vuelve; mientras más fuerte su efecto de verdad, más insoportable.

Larsen, protagonista de la novela *El astillero* (1961) de Onetti, se percata de a poco que la gran empresa de cabotaje que han puesto en su cargo es solo una burbuja especulativa. Petrus, el dueño de la empresa, está loco. Los trabajadores a su cargo, con un cinismo infinito “se burlan del viejo, de mí, de los treinta millones; no creen siquiera que esto sea o haya sido un astillero” (61), se queja Larsen. No obstante, los trabajadores siguen volviendo todos los días a la estructura desvencijada del astillero. “Trepan cada día la escalera de hierro y vienen a jugar a las siete horas ele trabajo y sienten que el jugo es más verdadero que las arañas, las goteras, las ratas, la esponja de las maderas podridas” (62). El narrador no puede obviar que el espacio que producen las maquinarias y estructuras se está cayendo a pedazos y, por lo tanto, entiende que la empresa y su inexistente abundancia se sostienen exclusivamente por el consenso. Y ¡qué poco pesa el constructivismo social al lado de la ruina material de nuestros mundos físicos! Así, Larsen alcanza un momento de sensatez y declara “yo podía jugar a mi juego porque lo estaba haciendo en soledad; pero si ellos, otros, me acompañan, el juego es lo serio, se transforma en lo real” (62). Este es el terror que enfrentamos con el cierre logístico que impidió el funcionamiento de las cadenas de suministro de nuestra propia circulación académica.

Fue entonces que en estos años el juego colectivo de la academia se asimiló a la realidad impactada del astillero. Al detener la vida social, y no solo las instituciones de educación superior, la pandemia tuvo el efecto de lucidez radical de que el tiempo de la universidad podía acabarse. Y quizá, como la fuga de liquidez de nuestras disciplinas lo testifica, ya se estaba acabando, al menos en la forma del sueño de movilidad internacional que la ahora frágil república de las letras no era capaz de seguir prometiéndonos. Porque no es lo mismo la imagen del intelectual cosmopolita rebotando de congreso en congreso, que la imagen del académico encerrado entre cuatro paredes, sin archivos, sin libros, hablando horas frente a una computadora. Nos asimiló con toda honestidad a la imagen que se tiene de las formas contemporáneas de trabajo. Bloqueados de nuestros espacios de encuentro, expulsados de las aulas y la biblioteca, obligados a sostener espectralmente el sueño de la educación universitaria, no hay quien no

haya tenido la oportunidad de pensar la totalidad del sistema académico, su sentido y su fragilidad. Y la gran inyección que transpiró desde entonces en cualquier reflexión sobre la labor intelectual fue el tiempo. La finitud de las infraestructuras de educación superior empujó a mirar de frente un proceso de descomposición institucional más largo que los efectos desintegradores de la pandemia.

Sin duda, parte de esta marginación se debe a la emergencia de la universidad de mercado que, según Elizabeth Popp Berman, ha constituido la lógica de las instituciones de educación superior desde la década de 1970, cuando se reducen las barreras para una colaboración más intensa entre la universidad y el mercado. Lentamente, el discurso de la innovación empujó a las universidades a considerar el mercado como el mejor medio para llevar el conocimiento y los adelantos de la academia a los grandes públicos (Pop Berman 6). La mercantilización del conocimiento experto se vestía, entonces, con los ropajes legitimizantes de la democratización. De esta manera, la universidad suturaba el desencuentro entre dos lógicas que, en último término, resultaban contradictorias. Por un lado, la lógica del mercado empujada por la posible comercialización de los conocimientos producidos al interior de la universidad, y, por otro lado, la lógica de las ciencias, impulsada por el valor intrínseco de la verdad (Pop Berman 9). La transferencia del valor de verdad al valor de mercado acaba en el principio de que “science matters, and has an impact, because people are willing to pay for its results” (Pop Berman 10). Por supuesto, la íntima relación de algunas disciplinas científicas con la técnica ha permitido conservar por periodos extendidos la contradicción performativa que la predominancia de la lógica de mercado al interior de la universidad provoca en el ejercicio cotidiano de la investigación.

Este incómodo disimulo nunca ha estado disponible para las humanidades. En términos de la crítica literaria, por ejemplo, nunca la anuencia o profundidad del juicio crítico a una novela ha determinado realmente el gusto del público por un tipo de literatura. Incluso más, se podría intuir una relación más bien paradójica con la crítica, que vive de explícitamente separarse de la literatura comercial. El éxito en ventas de un libro proyecta una sombra antes que una luz sobre su valor literario –pues hasta a los autores del Boom, hoy canon de nuestra región, se les criticó

el crimen de vender demasiado. Desde esa forma de elitismo antiburgués, la academia muchas veces ha constituido lógicas de reconocimiento justificadas únicamente en un despliegue frecuentemente efectista de erudición o lenguajes infudadamente técnicos con la excusa de que expresa una forma más sofisticada del pensamiento. La vieja crítica de la torre de marfil se vuelve, de esta manera, contra sí misma. Es la misma separación de la lógica social, ahora identificada con el mercado, la que hace implosionar el valor de la academia por dentro, hasta vaciarla de un sentido de realidad que, en el mejor de los casos, es suplantado por la espectacularización de una posición ética o política, que vendría a suplementar su imposible comercialización. La innovación precipita la crisis al identificar cada valor epistémico respecto a su relación con el futuro. Si pensamos en que gran parte de las epistemologías de las humanidades tienen una vocación interpretativa, y que su función solo aparece después de los hechos, es evidente que desde la perspectiva de un deseo eufórico de futuro solo pueden ser relegadas.

La posición del trabajo académico queda en un impasse semejante al del profesor que narra el cuento “Luvina”, de Juan Rulfo. Inspirado por los ideales seculares de la posrevolución mexicana, el profesor acaba atrapado entre el cinismo de decidir entre asumir contra la realidad e ingenuamente un discurso de unidad nacional, un pasado en el que el pueblo de Luvina no cree, o aceptar el fracaso de que esa lectura del pasado, es decir, la asunción de que ese futuro conectado a una historia común de México no llegará al remoto pueblo. El maestro rural, por cierto, se entrega a la segunda, pues “en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no se oye sino el silencio que hay en todas las soledades” (104). Aceptar el quiebre ético de todo esquema humanista tiene una escala similar. Implica asumir una bancarrota histórica en la que esos pasados ricos y múltiples no tienen sentido bajo el esquema de producción del capitalismo tardío, y por tanto solo podemos atestiguar su existencia anacrónica en vidas dañadas sin remedio, hasta su involuntaria desaparición. Detenidos de esta manera, nuestro trabajo resuena a la imagen que entregó Theodor Adorno en *Minima Moralia*, donde pintó su contradicción irresoluble al plantear que los intelectuales son “los últimos enemigos de los burgueses – y los últimos burgueses” (24).

Pero en esta dimensión real, y al mismo tiempo deshistorizante, aún queda una gran parte de nuestra problemática relación con el mercado y la industria fuera. Aquí creo que, si bien es necesario hacer un diagnóstico que implique una lectura de la descomposición general de las humanidades, también hay que proveer un espacio para una crítica de cada disciplina desde su historia, y sobre todo el interés que puede tener cada sistema académico para producir conocimiento al alero de ciertos compromisos institucionales muy concretos. Lo que está en juego es la base material sobre la que proyectamos una imagen del mundo académico, siempre y cuando mundo sea entendido, como ha postulado Mariano Siskind, como “una totalidad imaginaria sobre la que se despliega, con potencias y limitaciones evidentes, el discurso crítico” y que “no preexiste a sus articulaciones contingentes” (14). Sí, hay una experiencia común de precarización que parece cruzar a la totalidad transnacional de ese espacio imaginario en el que intervenimos, y que llamamos la academia, el campo, y en nuestros momentos más institucionalistas, la universidad. Siguiendo este concepto, podríamos decir que la ruptura de patrones de significados comunes tiene la morfología del fin del mundo académico, un mundo constituido por fuerzas productivas muy específicas prefiguradas en la idea de trabajo intelectual. Pero como ha explicado Yann Moulier-Boutang, a diferencia del poder de trabajo de la teoría económica o el materialismo histórico tradicional, la explotación del trabajo intelectual, entendido como poder de invención –propio de lo que ha llamado capitalismo cognitivo– es mucho más difusa, y las cadenas de jerarquía de quien aprovecha en último término esa plusvalía es opaca (Moulier-Boutang 97). Esta opacidad podría ser precisamente nuestro último esquema de sentido, porque a fin de cuentas no tenemos claro a quién realmente beneficia la relegación sostenida de las humanidades a los extramuros del valor. Es contingente a la historia de cada disciplina quién puede beneficiarse de la merma o trivialización de un área de conocimiento, o en otras palabras, la escritura de nuestro propio pasado disciplinar es la única fuente para encontrar vías hacia la sobrevivencia.

Así dicho, pues, se puede enmarcar la pregunta nuevamente, y cuestionar por qué el campo de los estudios latinoamericanos, como un campo humanista, es decir, uno más de una serie de campos precarizados por las condiciones

contemporáneas de la universidad, ha sido marginado. Sin adoptar un compromiso fuerte con una lectura funcionalista, me parece que la reflexión de Fernando Degiovanni en *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*, sobre la emergencia del estudio de América Latina en los Estados Unidos elucida algunos factores fundamentales de este problema. Y es que al igual que el desarrollismo, cuando un esquema de sentido se retira porque la infraestructura que lo sostenía se quiebra, antiguas capas históricas latentes o tenuemente activas vuelven a reactivarse. La indagación de Degiovanni del comienzo de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, acaso su lugar privilegiado por contraste a los estudios de la cultura y literatura nacionales en cada país, apunta en la dirección de un horizonte de búsqueda para la difícil discusión sobre nuestra propia irrelevancia disciplinar. Creo que el libro de Degiovanni da un primer paso a la fatigosa labor de lucidez, porque en algún momento de la historia se hizo la pregunta por si era necesario financiar instituciones, organizar programas, y atraer estudiantes a programas de estudios latinoamericanos, y se respondió resueltamente con acciones que afirmaban su necesidad. Es esta interrogante la que con mayor o menos complejidad parecemos incapaces de responder hoy. Analizar el argumento de Degiovanni nos autoriza a volver a un momento de la historia de la universidad norteamericana donde esta pregunta antes que problemática o angustiante, parecía urgente, y su respuesta impulsó la apertura del área de estudios que nos cobija.

Me parece que la potencia del estudio de Degiovanni descansa en la prosaica verdad sobre la que se sostiene. Mientras que la lectura canónica de la literatura latinoamericana sitúa el nacimiento de una consciencia continental en esfuerzos como la poesía de Rubén Darío, o la obra ensayística de José Enrique Rodó o José Martí, Fernando Degiovanni defiende una posición desencantada, al filo de la sociología, en la que el latinoamericanismo surge de la doble situación del territorio condicionado por la guerra europea y su consolidación como un mercado hemisférico. América Latina, en el relato de Degiovanni, construye una imagen de territorio de paz, por lo tanto, un lugar en el que se pueden cumplir materialmente los sueños kantianos de una paz perpetua en el que estados independientes se aproximan geopolíticamente por medio de vínculos comerciales (4). Los estudios

latinoamericanos tendrían, de este modo, un fin orientado a la economía y la política transnacional en lugar de una vocación de integración espiritual, que es como el campo ha contado su propia historia (5). Por lo tanto, las condiciones materiales en las que el campo se vuelve factible históricamente no serían las del estado nación, en la clave de la independencia de los países latinoamericanos frente al influjo norteamericano, sino las del capital, en la que factores económicos, políticos y logísticos toman mayor prevalencia. Este es el caso de la lectura que hace del hispanismo, en la que la incorporación de la España imperial en los cánones de la literatura latinoamericana es leída desde la transmisión de un poder imperial a otro. La necesidad de un campo de estudios latinoamericanos, y su desarrollo en las décadas siguientes, estaría menos inspirado por una gratuita voluntad de entender al continente o una pretensión universalista de integrarlo culturalmente que por intereses geopolíticos concretos expresados en la nomenclatura benevolente de los ideales.

La hegemonía del panamericanismo podría interpretarse en esta clave, ya que, en términos de Degiovanni, progresivamente deviene una ideología en oposición al creciente pangermanismo que surgió como consecuencia de la gran guerra. Es en este sentido que el estudio de América Latina en los Estados Unidos fue “an attempt at building strategic diplomatic, commercial or cultural networks” (8). La política en el caso de este argumento ocupa menos una matriz heroica de sentido, que un elemento dislocador e incluso terapéutico para una cierta euforia latinoamericanista, ya que impone el límite de los intereses de Estados Unidos, sitio de expansión y desarrollo más extendido del campo, como el límite de las pretensiones ideológicas de cualquier intervención en el campo. Esto incluye, claramente, a las que están abiertamente en contra de la intervención de Estados Unidos en América Latina. Desde el relato de Degiovanni, las redes que autorizan, sancionan y amplifican las intervenciones en el campo latinoamericanista encuentran desengañadamente su dependencia en las conexiones financiadas e institucionalizadas por el país del norte.

Tomarse en serio esta imagen del campo de estudios latinoamericanos, me parece, demanda un difícil reajuste de nuestras expectativas. Hoy América Latina no está en ningún caso en el centro del interés geopolítico de los Estados Unidos. Y aunque

otros imperios plantean ocupar el lugar económico que dejó el país del norte, no ha existido realmente un próximo postor para el vacío en la infraestructura cultural que para bien o para mal se armó durante los laberínticos años de la Guerra Fría. Nuestro campo soñó identificarse con el sueño que Ángel Rama en su “transculturación narrativa” imaginó para la literatura latinoamericana, el deseo de independizarse. Pero si decidimos lidiar con el mundo que heredamos, y no solo con el que soñaron nuestros antepasados, hay que resignarse a que esa autonomía no encontró nunca una forma institucional.

Estados Unidos sigue teniendo las organizaciones y universidades donde se producen con mayor fuerza los discursos hegemónicos, tanto oficiales como críticos, sobre nuestro continente. Y esos discursos están inevitablemente cruzados por la universidad norteamericana, la gran matriz que los financia, y cuya mayor preocupación hoy por hoy es la política doméstica de los Estados Unidos. Esto incentiva, por cierto, a que el trabajo del campo se vuelque hacia temas y configuraciones disciplinares que interesan al imperio en los términos de su propia historia nacional, y no frente a la ardua labor de asumir una perspectiva hemisférica en problemas como la migración, los pueblos originarios o la raza. Nos enfrentamos a esta dificultad con textos como *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971) de José María Arguedas, que intenta entender el fracasado proceso de migración, modernización e integración de las poblaciones serranas a la industrializada costa del Perú. Pero la novela se torna rápidamente ilegible si la frontera únicamente se piensa como el territorio que abarca los límites de los Estados Unidos, o si la relación con el indigenismo se asimila al malogrado pacto del país con sus pueblos originarios, o incluso más, si el problema de la raza y el racismo se articula exclusivamente en los términos de una producción crítica norteamericana. Esta dimensión conceptual del problema está comenzando a ser enfrentada por intervenciones que intentan mediar entre la tradición crítica sobre América Latina producida desde instituciones estadounidenses y aquella producida en instituciones latinoamericanas. Trabajos que tematizan el panamericanismo –como el ya citado de Fernando Degiovanni o Adrián Gorelik–; libros que piensan momentos de encuentro global como las exhibiciones universales –en la investigación de Alejandra Uslenghi–, las transiciones –en el reciente

trabajo de Mónica Szurmuk–, el movimiento de cuerpos de baile –en la idea de Michelle Clayton– o la circulación de objetos –en la investigación de Diana Sorensen–; y, agendas que articulan, aunque sea en su fracaso, nuestros ya quebrados horizontes universalistas –como es el caso del trabajo de Mariano Siskind–, entre otras, han abierto un lugar posible para transacciones críticas en las que podría jugarse la sobrevivencia del campo. Quisiera pensar que “desarrollismo” es uno más de estos nombres¹.

José María Arguedas dedica a la universidad una de sus últimas cartas antes de quitarse la vida. “Espero, creo, que la Universidad no será destruida jamás; que de la actual crisis se alzará más perfeccionada y con mayor lucidez y energía para cumplir su misión” (254). Hoy sabemos que la universidad, o al menos la infraestructura material que la sostiene, puede terminarse. Sin embargo, no puedo evitar un manierismo obsesivo en la lectura de esta frase, y pensar que la escritura de Arguedas anticipaba también esta posibilidad. Por eso, modifica y modera su sentencia, escribiendo unos fatigados “espero, creo,” ya consciente acaso de la finitud de cualquier institución que prometa su propia infinitud. Pero la afirma. Y en una gradación, que hoy solo puedo leer con lucidez, parte por la esperanza, esboza una fe y finalmente declara la certeza de la sobrevivencia de la academia. Esta afirmación, aunque hayan sido las palabras finales de un fatigado investigador, repiten en la crisis la necesidad de una dirección. Dice misión, pero su género concreto no fue más que el de una carta, dirigida a los estudiantes de una universidad en la que participó por un tiempo acotado. Lo central, pienso, fue un último intento de educar los afectos que él mismo no pudo soportar, y recordarnos que entre la paciencia y la convicción, a fin de cuentas, no hay demasiadas diferencias.

¹ Felizmente, otros colegas han intentado articular esta posibilidad en clave interdisciplinaria, disponible en *The Routledge Handbook of Latin American Development*.

Bibliografía

Abdrasheva, Dana et al. *Resuming or Reforming? Tracking the Global Impact of the COVID-19 Pandemic on Higher Education after Two Years of Disruption*. París, UNESCO, 2022.

Adorno, Theodor. *Minima Moralia: Reflexiones Desde La Vida Dañada*. Traducido por Joaquín Chamorro Mielke. Madrid, Taurus, 1998.

Arguedas, José María. *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Edited by Eve-Marie Fell, 2. ed., 1. Reimpr. París, ALLCA XX, 1997.

Berlant, Lauren. “The Commons: Infrastructures for Troubling Times*”. *Environment and Planning D: Society and Space*, no.3, vol. 34, junio 2016, pp. 393–419.

Borges, Jorge Luis. “Valéry como símbolo”. *Otras inquisiciones*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1966, pp. 105–07.

Bradburn, Norman et al. *State of the Humanities 2022: From Graduate Education to The Workforce*. Cambridge, MA, American Academy of Arts & Sciences, 2022.

Carey, Kevin. “The Bleak Job Landscape of Adjunctopia for Ph.D.s”. *The New York Times*, 6 Mar, 2020, <https://www.nytimes.com/2020/03/05/upshot/academic-job-crisis-phd.html>.

Cowen, Deborah. *The Deadly Life of Logistics: Mapping Violence in Global Trade*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 2014.

Degiovanni, Fernando. *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2018.

Easterling, Keller. *Extrastatecraft: The Power of Infrastructure Space*. London, Verso, 2014.

Hamilton-Honey, Emily. “The Humanities’ Scholarly Infrastructure Isn’t in Disarray – It’s Disappearing”. *Inside Higher Ed*, 10 Aug. 2022, <https://www.insidehighered.com/views/2022/08/10/humanities-scholarly-infrastructure-vanishing-opinion>.

Moulier Boutang, Yann. *Cognitive Capitalism*. Traducido por Ed Emery. Cambridge, UK, Malden, MA, Polity Press, 2011.

Popp Berman, Elizabeth. *Creating the Market University: How Academic Science Became an Economic Engine*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2012.

Rulfo, Juan. “Luvina”. *El llano en llamas*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 94–104.

Siskind, Mariano. “Modernismo global y literatura mundial: reflexiones sobre las dislocaciones cosmopolitas del significante francés”. *Revista Chilena de Literatura*, n.º 96, dic. 2017, pp. 13–28.